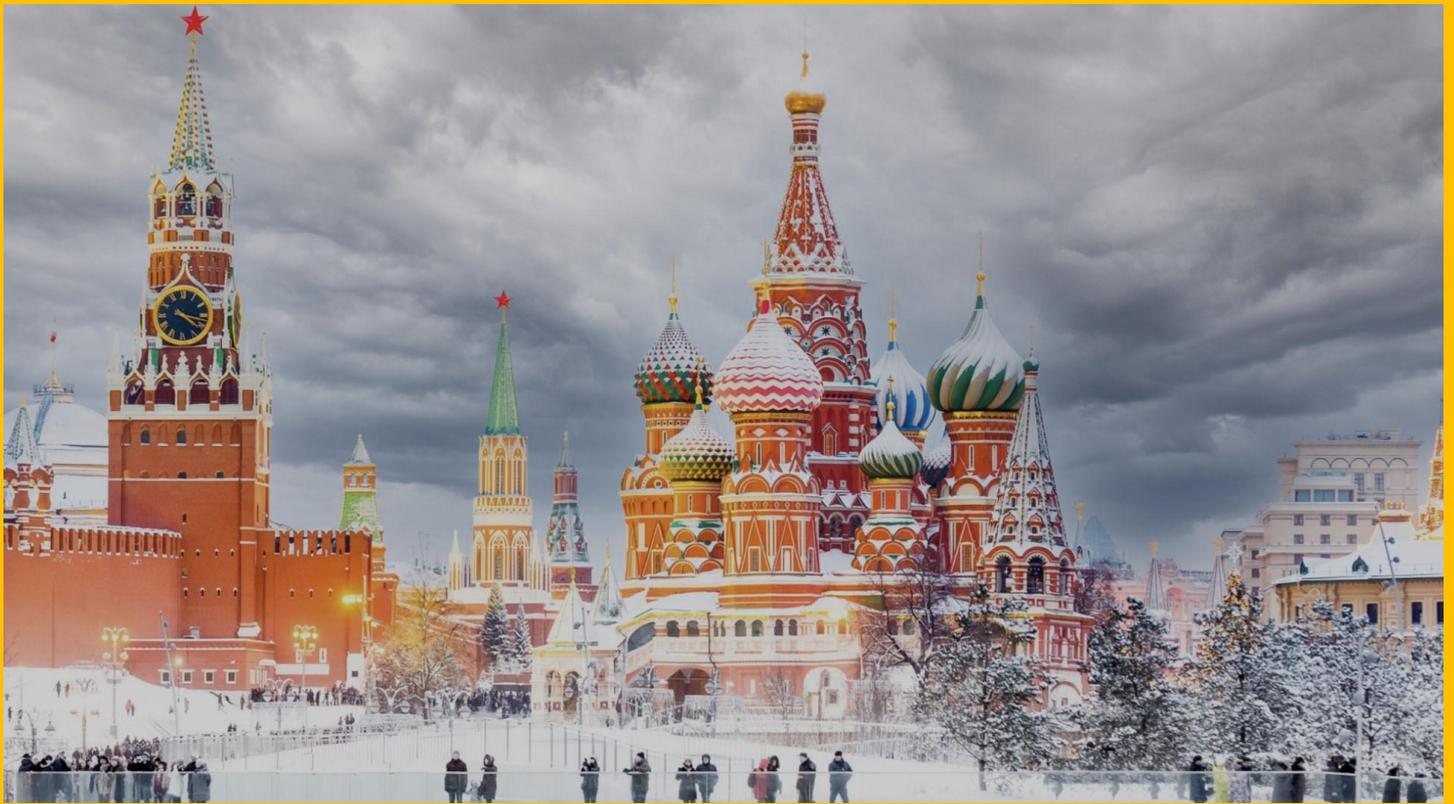


Intelectual de la oposición en Rusia analiza la guerra de

Ucrania



* **Explica lo que califica de “astuto plan de Putin”**

ANÁLISIS '24

Por Sergei Poletaev (*)

E ***l con icto militar con Ucrania provocó una ola emocional de rara fuerza en nuestra sociedad, y en todo el mundo. Los temerarios avances, que daban a ambos bandos esperanzas de una rápida victoria, dieron paso a inmovilistas enfrentamientos posicionales. La euforia de muchos fue sustituida por la resignación y el agotamiento: parece que nos espera un callejón sin salida sin esperanza, y que la Operación Militar***

Especial (OME) se ha quedado sin rumbo y se ha reducido a asaltar inútiles aldeas ucranianas y plantaciones forestales sin nombre. Sin embargo, parece que no es así.

En una nota anterior hablamos de por qué no podemos avanzar en Ucrania en un frente amplio, ocupar Kharkov, la ciudad rusa de Odessa, etcétera. Y he aquí otra razón: en realidad no queremos. O mejor dicho, el presidente Putin no quiere.

Todavía no quiere

Si Ucrania no se desmorona de repente hasta tal punto que pueda ser derrotada con las fuerzas actualmente disponibles, nos enfrentaremos efectivamente a meses, o incluso años, de guerra de trincheras, pero la molestia no es inútil. Según Putin, debería terminar o bien con un acuerdo a gran escala con Occidente, o bien con una campaña a gran escala del ejército ruso en el territorio controlado por Kiev. Esta vez con los objetivos más decisivos.

Oportunismo soberano

Desde que llegó al poder hace 24 años, Putin ha desarrollado la imagen de un luchador intransigente contra el enemigo, y los observadores se inclinan a aplicar su promesa de destruir a todo lo que tenga a la vista, incluida Ucrania. Sin embargo, en las relaciones con Occidente y con respecto a Ucrania, Putin siempre ha sido un hombre de compromiso. El principio de la política de Putin en la dirección ucraniana (como, de hecho, en toda la dirección

postsoviética) ha sido: presionar para llegar a un acuerdo. Desde las guerras del gas bajo Yúschenko hasta el acuerdo sobre la Flota del Mar Negro bajo Yanukóvich, desde los acuerdos de Minsk bajo Poroshenko y hasta la epopeya de Estambul bajo Zelenski, Putin nunca golpeó a Ucrania hasta la muerte, sino que se limitó a abofetear a sus oponentes, con la esperanza de poner sus cerebros en su lugar.

A menudo se critica este enfoque, pero Putin, al igual que las élites rusas en general, consideraba fundamental y orgánicamente a Ucrania como un país separado y, a diferencia de la Ichkeria terrorista, siempre reconoció el derecho de Ucrania a ex stir. En este paradigma, la propia Kiev debe aceptar una oferta que no puede rechazar, pero como póliza de seguro, Putin creó una y otra vez un Plan B: para no depender de Ucrania en materia de gas, se construyeron gasoductos de derivación; paralelamente al acuerdo sobre la ota, se desarrolló la operación de Crimea (llevada a cabo en marzo-abril de 2014), etcétera.

El paciente suda antes de morir

En los primeros años, Putin negoció directamente con las élites ucranianas, después -cuando Kiev perdió su independencia- con Europa (los acuerdos rmados en el segundo intento en Minsk) y, al parecer, entre bastidores, con Estados Unidos. Los acuerdos funcionaban cada año

peor, pero con el enfoque elegido apenas era posible conseguir más.

Además, vistos aisladamente, los acuerdos de Minsk fueron una especie de triunfo diplomático: al final, al haber sido aprobados por el Consejo de Seguridad de la ONU, Minsk-2 se convirtió en un tratado jurídico internacional de primer orden, vinculante para Ucrania.

El plan de respaldo en caso de fracaso de Minsk era el OMU en su forma original: primero, varios meses de alarma militar y, después, una operación policial a máxima velocidad para obligar a Kiev a aceptar las condiciones de Moscú. En Estambul, en marzo de 2022, se propuso implicar a Estados Unidos, Gran Bretaña y China como máximos garantes. A China pareció no importarle, pero Occidente se negó en redondo, y Putin empezó a esperar a que sus homólogos se pelearan entre ellos, mientras mantenía a Ucrania en un puño de fuerza, ahora reforzando y ahora debilitando ese puño.

No se puede decir que esto no funcione en absoluto: Occidente ha armado a las Fuerzas Armadas de Ucrania lo mejor que ha podido (y sin fanatismos, como sería si entregasen masivamente misiles de largo alcance), pero aún no ha dado pasos irreversibles como la admisión de Ucrania en la OTAN; y la severidad de las sanciones antirrusas se ve compensada por el carácter no

vinculante de su aplicación. Ya sea por acuerdo secreto o por sí mismo, después de dos años ha surgido otro equilibrio: Occidente no permite que Ucrania se derrumbe, pero no provoca una escalada, y Rusia ha puesto a Ucrania de rodillas, pero no acaba con ella.

Especial dilación militar

Hemos señalado más de una vez que Rusia se está preparando para una gran escalada militar. Se está impulsando el complejo militar-industrial, se está ampliando el ejército y se está llevando a cabo una profunda reforma de la movilización. Sin embargo, hasta ahora, ni de palabra ni de hecho Putin ha demostrado su deseo de seguir adelante con esta escalada. Por el contrario, se están enviando señales sobre la disposición a negociar, se está llevando a cabo un juego defensivo en el frente e incluso está disminuyendo la intensidad de los bombardeos de largo alcance.

En Ucrania, todo está ocurriendo según el escenario que esbozamos a finales de agosto: Occidente actúa con inercia y da a Ucrania lo justo para que no muera, al tiempo que aviva la ira por los fracasos de las Fuerzas Armadas de Ucrania y envía sus propias señales de cautela sobre la disposición a negociar; y todo ello con el telón de fondo de una actividad militar relativamente oja.

Sin embargo, las posiciones de las partes siguen estando terriblemente alejadas. Rusia sigue necesitando que Ucrania deje de actuar como ariete militar e ideológico dirigido contra ella (esto es lo

que se esconde bajo los términos “desmilitarización” y “desnazificación”), mientras que Occidente ofrece una simple congelación sin obligaciones, sin querer discutir el problema en su fondo.

Plan A, Plan B

El escenario del Kremlin para el próximo año podría ser el siguiente: mantener la intensidad actual de los combates, avanzar lentamente en el Donbass y agotar Ucrania, demostrando a Occidente la firmeza de la posición rusa y la inutilidad de sus esperanzas de una victoria militar. La oferta, que Occidente no puede rechazar, se parece, en esencia, a esto: o os retiráis de Ucrania, o la aplastamos como Estado y eliminamos la amenaza sin ninguna orden formal.

Si Ucrania no se desmorona en los próximos meses, la relativa calma actual podría durar hasta las elecciones estadounidenses de finales de 2024. En ese caso, el acuerdo se ofrecerá a la nueva administración, sea quien sea. Putin ya lo ha hecho: aguantó la epopeya de Minsk hasta las elecciones de Zelensky y sólo cuando se convenció de su incapacidad para negociar lanzó la SMO.

Así, la escalada militar se convertirá en otra póliza de seguro para diversos escenarios vitales: en ausencia de acuerdos sustantivos, se iniciará un gran ataque con objetivos decisivos en el marco de la SMO, y si es posible cerrar un acuerdo sobre la desmilitarización de las Fuerzas Armadas de Ucrania según los principios de Estambul y la neutralidad militar de Kiev, una operación militar rusa sin restricciones penderá como una espada de Damocles sobre Ucrania en caso de intentos de cambiar el statu quo.

El propio Putin también hizo alusiones a ese escenario: en una memorable reunión con oficiales militares a principios de junio de 2023, mencionó una “segunda campaña contra Kiev” y que requeriría una nueva movilización.

Podemos juzgar el calendario a partir de las palabras del ministro de Defensa Sergei Shoigu: para finales de 2024, las principales tareas para la construcción del ejército y el desarrollo del complejo militar-industrial deben estar completadas. Según los planes presupuestarios, 2024 marca también el punto álgido del gasto nacional en defensa, y el resultado deberá aprovecharse de alguna manera.

Un indicador de la preparación para la “gran campaña” antes mencionada será un brusco cambio en la retórica oficial. Se avecina una gran empresa a escala nacional, por lo que la propaganda militar tendrá que salir a relucir con toda su fuerza.

Sin embargo, si nuestras conclusiones son correctas, se trata de un escenario alternativo, y la movilización también lo es. Para Putin, es más importante cerrar un gran acuerdo con Occidente que destruir Kiev: al fin y al cabo, es por el bien de ese acuerdo por lo que se está llevando a cabo la SMO, y la reducción física de Ucrania es un efecto secundario. Si funciona, Ucrania tiene la oportunidad de parecerse más a Georgia, y para Ucrania, éste sería probablemente el mejor destino.

Aquí y ahora, un acuerdo es imposible, pero tras el fracaso de la contraofensiva, Occidente envía dinero y armas cada vez más a regañadientes y de mala gana para mantener a su cliente en su actual, no muy buena, forma. Si la tendencia no cambia, las posibilidades de Ucrania de resistir la embestida rusa se desvanecerán con cada mes que pase, y con ellas la esperanza de Occidente de matar de hambre a Putin.

(*) Cofundador y editor del proyecto Watfor.

Publicado originalmente [aquí](#)

[Remitido por O.Vauban](#)
